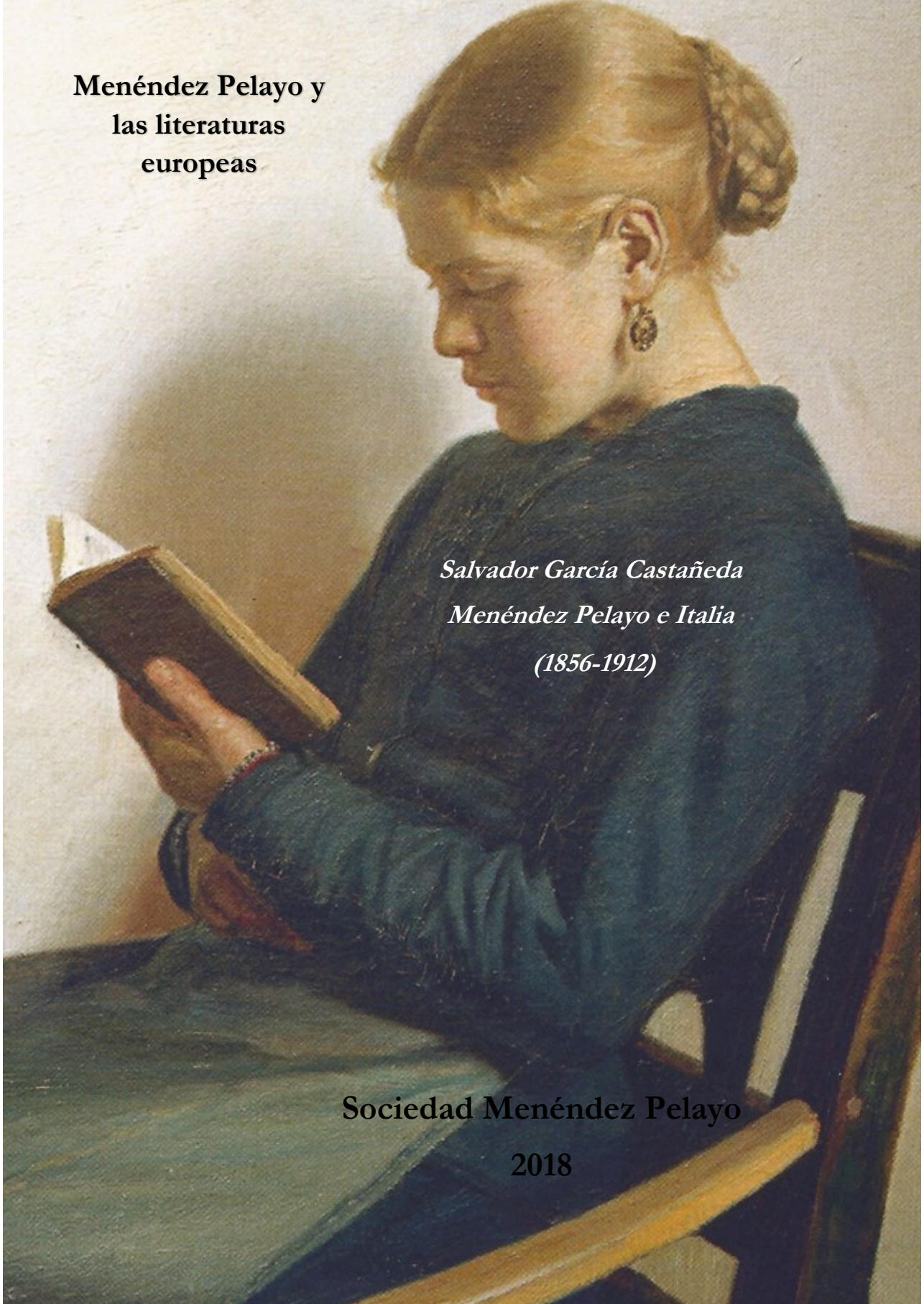


**Menéndez Pelayo y  
las literaturas  
europeas**



*Salvador García Castañeda  
Menéndez Pelayo e Italia  
(1856-1912)*

**Sociedad Menéndez Pelayo**

**2018**

## Menéndez Pelayo e Italia (1856-1912)

*Salvador García Castañeda. (The Ohio State University)*

Para Paolo Cherchi

Desde sus tiempos de estudiante en el Instituto de Santander Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912) fue el niño prodigio que sorprendía por su claridad de juicio, su extraordinaria memoria y la amplitud de sus conocimientos. Comenzó a los 15 años sus estudios superiores en la Universidad de Barcelona (1871-1872) donde fue discípulo de Milá i Fontanals, y de allí pasó a la Central de Madrid y a la de Valladolid.

1875 fue un año fecundo para Menéndez Pelayo pues en él se doctoró con *sobresaliente* en la universidad de Valladolid a fines de junio, recibió el premio extraordinario al doctorado en la de Madrid (28 de septiembre de 1875) y concluyó su libro sobre Trueba y Cosío (3 de enero de 1876). Conocida es la influencia que ejerció sobre él don Gumersindo Laverde en sus primeros tiempos, quien le animó a trabajar sobre cinco amplios proyectos: 1) Escritores ilustres de la provincia de Santander; 2) Los autores antiguos considerados en ediciones, traducciones y comentarios; 3) Polígrafos españoles; 4) Heterodoxos españoles célebres; y 5) Los jesuitas españoles expulsos en tiempos de Carlos III y refugiados en Italia.

En 1876 recibió del Ayuntamiento (15 de enero de 1876) y de la Diputación (4 de mayo de 1876) de Santander una subvención para ampliar estudios en el extranjero, primeramente en Portugal y después en Italia. Santander era entonces una ciudad que comenzaba a despertar culturalmente y donde germinaba en aquel momento un poderoso movimiento literario encabezado por José María de Pereda y por Amós de Escalante. El joven investigador no tardaría en formar parte de este movimiento y su temprana labor profesional estaría íntimamente relacionada con la amistad de unos contemporáneos con quienes le unirían

siempre lazos de amistad y comunidad de ideas.

De la tertulia de Pereda salió la idea de crear una revista literaria pues Santander carecía de ellas; así nació *La Tertulia* (1876-1877), que desde el primer número, alcanzaría un nivel desconocido hasta entonces, y que al cabo de poco se transformó en la *Revista Cántabro-Asturiana* (1877), pues abarcaría los “intereses literarios de las dos Asturias”<sup>89</sup>.

Aunque el director nominal de ambas fue el impresor Francisco Mazón, estuvieron en manos de Pereda y de Menéndez Pelayo, y a este último se deben tanto las páginas de presentación “Al que leyere” de *La Tertulia* como el “Prospecto” de la *Revista Cántabro-Asturiana*. Reiteraba en la primera el compromiso de respetar el dogma y la moral católicos “que son el dogma y la moral de sus colaboradores” y en el “Prospecto” de la última proclamaba “el inolvidable respeto al dogma y a la moral católicos, al espíritu y tradiciones de la raza española y a los fueros del buen gusto”. Y entre otros trabajos de índole diversa, en *La Tertulia* dio a conocer Menéndez Pelayo sus poesías juveniles, originales y traducidas, que revelan tanto su amor por el mundo clásico como su conocimiento de las letras greco-latinas<sup>90</sup>.

En vísperas de su próximo viaje, Laverde inundaba de datos y de consejos a Marcelino, quien salió para Portugal el 24 de septiembre, tres semanas después (16.X.1876) escribió a Pereda sus primeras impresiones

---

<sup>89</sup> Las referencias a *La Tertulia* proceden de esta revista (Segunda época. *Ciencias, Literatura y Artes*. Santander: Imprenta de Solinís y Cimiano, Arcillero, 1, 1876) y a las cartas de carácter particular del *Epistolario* de Menéndez Pelayo (edición de Manuel Revuelta Sañudo), Madrid: Fundación Universitaria Española, 1982-1991. La traducción al castellano de las cartas de Farinelli procede de este *Epistolario*

<sup>90</sup> <sup>2</sup> Y en *La Tertulia* vieron la luz sus poesías originales y traducidas, “Oda de Erina de Lesbos a la diosa de la fuerza. Traducida del griego” [”Hija de Marte, belicosa Fuerza...”] (346), la tan conocida después “Epístola a Horacio” [”Yo guardo con amor un libro viejo...”] (646-51), “Paráfrasis de un himno griego, de Sinesio de Cirene, Obispo de Tolemaida” [”Ven, armoniosa lira...”] (14); y en la *Revista Cántabro-Asturiana*, “El enfermo” (Idilio de Andrés Chenier, traducido en verso castellano) [”Apolo salvador, dios de la vida...”] (261-64), el “Himno de Prudencio. En loor de los mártires de Zaragoza” [”De diez y ocho las cenizas guarda...”] (38-42), “Oda XII del libro I de Horacio” [”¿A qué varón ensalzará tu lira...?”] (368-69), y “Soneto (Imitación de una anacreóntica griega [”Cual trocöse del Frigio en la marina...”] (122),

de Lisboa, y le incluyó una carta para publicar en *La Tertulia*. A ésta siguieron otras, y así nacieron “Letras y literatos portugueses” (I, Lisboa, 14 de octubre de 1876, 225-33; II, Lisboa, 31 de octubre de 1876, 257-66), y “Cartas de Roma” (I, “Españoles en Italia”, Roma, 1 de febrero de 1877, 449-56); (II, “Una visita a las bibliotecas”, Roma, 21 de febrero de 1877, 481-86); “Cartas de Italia” (III. “Epístola partenopea”, Nápoles, marzo de 1877, 545-51); (IV. ¡Rerum opibusque potens, Florentia mater!, Florencia, 13 de abril de 1877, 632-38); y (V, “Letras y literatos italianos”, Venecia-Milán, 13 de mayo de 1877, 673-82).

Como ya destacó en su primera “Carta de Roma” las relaciones entre la Península Ibérica y la Italiana habían sido intensas y constantes a lo largo de los siglos por afinidades geográficas y de raza, de intereses culturales y de comercio. Y citaba en ella una copiosa lista de españoles que por razones muy diversas vivieron en Italia o tuvieron ocasión de visitarla. Y tanto en estas cartas como en las dedicadas a los jesuitas españoles en el exilio, destacaba la labor de nuestros compatriotas y la huella que dejaron en la cultura de aquel país, tan presente en las bibliotecas y en los archivos italianos. Me ocuparé en este trabajo, por una parte, del interés de Menéndez Pelayo por la presencia cultural de los españoles en Italia y, por otra, de la de su obra entre los intelectuales italianos.

### **Los jesuitas españoles en Italia.**

El estudio sobre los jesuitas españoles expulsos en Italia y la huella que éstos dejaron en la cultura de aquel país era uno de los proyectos favoritos que Laverde animaba a emprender a su joven amigo (Nueva, 14 de septiembre de 1875, *Epistolario*, I, carta 237), y la correspondencia entre ambos abunda en noticias acerca de la búsqueda de datos y la sucesiva publicación del proyecto en forma de artículos. El estudio estaba bastante avanzado a mediados de 1875 pues desde Madrid (15 de junio de 1875, *Epistolario*, I, carta 210) don Marcelino escribía a Laverde “Con ésta envío a V. los dos últimos artículos de Lampillas. Como V. habrá comprendido esta división en artículos, no tiene otra razón de ser que las condiciones del periódico en que se publican. Cuando los colecciono en forma de libro, Lampillas ocupará un solo capítulo, lo mismo que Andrés y todos los demás que no puedan insertarse en un solo número de *La España*”. Y

durante su viaje por Italia don Marcelino continuó recogiendo materiales sobre los jesuitas españoles<sup>91</sup>. Y al comenzar su primer artículo expresaba así sus propósitos:

Está por trazar el cuadro de aquel brillantísimo período de nuestra historia literaria. En un excelentísimo artículo sobre Montengón, inició este pensamiento nuestro distinguido amigo y paisano D. G. Laverde. En estos artículos nos proponemos bosquejar, en cuanto lo permitan los límites de este período, el maravilloso espectáculo que ofrece la actividad intelectual de los jesuitas extrañados de España en 1767.

Para Don Marcelino la decisión del gobierno de Carlos III de expulsar a los jesuitas de España y de sus colonias no fue solamente una gran injusticia desde el punto de vista moral y jurídico sino una desgracia cultural. Contrariamente a la opinión de que la existencia de la Compañía era incompatible con la ilustración del siglo y de que cerrar sus colegios beneficiaría el progreso de la enseñanza advertía que la lectura de las obras de aquellos jesuitas revela que fueron “lo más ilustre que en ciencias y letras poseía la España de Carlos III” (195). Y en su primera carta desde Italia recordaba de nuevo a “la brillante pléyade de jesuitas, a quienes la cesarística intolerancia de Carlos III arrojó en masa a los Estados Pontificios” (*La Tertulia*, Roma, 1 de Febrero de 1877, 456).

Los ataques a la Compañía de Jesús se basaban en enraizados prejuicios de índole diversa que persistían aun en hombres de sólida formación académica, y que culminaron con la pragmática de expulsión del 2 de abril de 1767. El autor hace en estos artículos un breve recorrido histórico de las vicisitudes de la Compañía; de sus luchas por afirmarse, los servicios que prestaron al mundo católico y los ataques que sufrieron.

---

<sup>91</sup> Los jesuitas españoles en Italia” (“Introducción”, 193-97; I, “El abate Andrés”, 289-94; (I, “El abate Andrés, continuación”, 321-26; (II, “Hervás y Panduro”, 385-93); (III, “Eximeno”, 737-46) Según Adolfo Bonilla San Martín, a cuyo cargo estuvo la primera edición de las *Obras Completas* de Menéndez Pelayo (Madrid, 1911-1932), las “Noticias literarias sobre los jesuitas españoles extrañados del Reino en tiempos de Carlos III” se publicaron en *La España Católica* (Madrid, números de 22 de febrero, 20, 21 y 27 de abril, 5, 18 y 28 de mayo y 9 y 28 de junio de 1875; tratan de *El abate Andrés; Hervás y Panduro; Eiximeno; Lampillas; Serrano; Nuix y Llorente*. Los relativos al abate Andrés, a Hervás ya Eiximeno, fueron reproducidos en *La Tertulia* de Santander de 1876 (páginas 193, 289, 321, 385 y 736 (*Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912)*)(Madrid, 1914).

Las fuentes de tales ataques serían, en primer lugar, el jansenismo, defendido todavía por historiadores y polemistas, siendo *Las Provinciales* de Pascal, una obra muy leída y difundida, muy traducida y bellamente escrita, la que con más eficacia atacó a los jesuitas. Otra perniciosa influencia fue la de “la mezquina” filosofía francesa del siglo XVIII; y en tercer lugar, el Regalismo, ya convertido en jansenismo puro en los “*piadosos*” ministros de Carlos III. (*La Tertulia*, 193)<sup>92</sup>

Pero no se proponía exponer las ilegalidades cometidas y refutar los ridículos cargos que justificaron la expulsión de la Compañía sino destacar los nombres de los muchos jesuitas españoles refugiados en los Estados Pontificios que continuaron desarrollando su labor cultural; principalmente los de los Padres Juan Andrés, Lorenzo Hervás y Panduro y Antonio Eximeno. Los tres fueron hombres de profunda erudición y de amplios conocimientos y su obra, como la de otros contemporáneos suyos, abarca campos tan diversos como la historia, las matemáticas, o la crítica literaria. (*La Tertulia*, 193-197).

Al Abate Andrés se debe la monumental *Historia universal de la literatura*, un empeño que para Menéndez Pelayo respondía al espíritu enciclopedista de la época, y que el concepto de “literatura” abarcaba entonces desde las letras y las artes hasta las ciencias exactas, físicas y naturales, por lo que Andrés dedicó volúmenes enteros a los progresos de la física o de la medicina. Hijo al fin de su tiempo, “dejóse fascinar por el brillante cuadro que ofrecían las ciencias de la materia, y hubo de ver en su siglo el mejor de los siglos posibles” (*La Tertulia*, 294). Y Andrés consideraba que las literaturas española e italiana, tan grandes en el pasado, a pesar de estar tan influidas entonces por la francesa continuaban

---

<sup>92</sup> En este trabajo Menéndez Pelayo deja bien clara su aversión por la “filosofía sensualista, “mezquina y rastrera como ninguna en el mundo, y una literatura, ora acompasada y fría, ora cómplice de la depravación común, indicio seguro y precedente infalible de próximos trastornos y catástrofes tremendas”. De aquella sociedad brotaron las doctrinas de Voltaire y de Rousseau, de Diderot y de D’Alembert, uno de cuyos resultados fue la “desgracia cultural” de la expulsión de la Compañía de Jesús de los dominios de Carlos III (*La Tertulia*, 293). Sobre este asunto véase el artículo de Joaquín Álvarez Barrientos, “Matices del rechazo: El siglo XVIII en la *Historia de los heterodoxos españoles*”, en *Historia de los heterodoxos españoles. Estudios* (Ramón Teja, Silvia Acerbi, directores). Santander: Publican Editores 2012, 15-51

teniendo vida propia.

No menos ambicioso fue el enciclopédico proyecto que el P. Hervás y Panduro tituló *Idea del universo* y del que vieron luz 21 tomos (Cesena, 1778-1787). Los ocho primeros, bajo el título de *Historia de la vida del hombre*, le consideran bajo el doble aspecto de un animal dentro de la escala zoológica y de un ser dotado de razón y de libre albedrío, y estudian sus posibilidades de mejorar su condición física, intelectual y moral. Años después Hervás complementó esta parte de la *Idea del universo* con el tratado *El hombre físico* (1800) en dos volúmenes, y subraya su importancia en la historia de la filosofía española del XVIII pues formula claramente el principio fundamental de la escuela *tradicionalista*.

Los ocho tomos siguientes de la *Idea del universo* llevan el título de *Elementos cosmográficos*; los dos primeros titulados *Viaje estático al mundo planetario* son una especie de novela astronómica que don Marcelino considera como uno de los primeros ensayos de popularización de la ciencia. Los volúmenes 11 al 15 son una *Historia de la Tierra* que abarca desde la creación del mundo y el pecado original a descripciones de la tierra y estudios geográficos mezclados con indicaciones históricas. Pero la parte más sobresaliente de este enciclopédico trabajo son los cinco últimos volúmenes dedicados a la historia y clasificación de las lenguas que alabó Menéndez Pelayo por considerar aquel estudio precursor de los de filología comparada, y en el cual se basaron los más célebres filólogos modernos. Y relacionado con él está su *Catálogo de las lenguas* (Madrid, 1800-1805). Aunque el proyecto inicial de la *Idea del Universo* quedó incompleto Hervás condensó en él gran parte del saber del siglo XVIII, y apenas hubo materia que no tratase pues, como escribió el futuro autor de los *Heterodoxos*, “Pocos hombres iguales a él en lo vario y profundo de los conocimientos nos presenta el siglo XVIII; superior, ninguno.” (*La Tertulia*, 385-393).

Igualmente enciclopédicos fueron los conocimientos de Antonio Eximeno, a quien Jovellanos llamó “doctísimo”. Adquirió gran fama como predicador en las iglesias de Valencia, y durante su exilio en Roma formó parte de la Academia de los Arcades. Sus *Observaciones sobre el paso de Venus por el disco solar* le dio a conocer como matemático y astrónomo; en 1796 publicó la *Apología de Cervantes* en la que respondía eficazmente a los

ataques al *Quijote* de sus comentaristas Pellicer y Vicente de los Ríos. Dos años después apareció *El espíritu de Maquiavelo* (1798) en el que combatía la obra de “aquel tristemente famoso historiador y político florentino”, y Menéndez Pelayo menciona otras obras como el *Sermón de honras del rey Carlos III*, la *Historia Militar Española* y el *Manual del Artillero*.

Las nuevas teorías de Hervás expuestas en su estudio *Del origen y reglas de la música* (Roma 1774) produjeron una verdadera revolución, y la sátira *Dudas de D. Antonio Eximeno sobre el ensayo de contrapunto del Padre Martín*, sobre el mismo asunto ocasionaron los ataques de los discípulos de aquel reputado maestro; los periódicos de Milán y de Florencia llamaron a Eximeno “el Newton de la música”. (*La Tertulia*, 741).

Refiriéndose a trabajos que abarcaban tal diversidad de materias como los del Abate Andrés, los de Hervás y Panduro, los de Eximeno y otros contemporáneos, advertía don Marcelino que el espíritu enciclopédico había contagiado aun a los hombres más apartados de su influencia, y que desde que D’Alembert clasificó los conocimientos humanos en el *Discurso preliminar de la Enciclopedia*, “multitud de escritores, sabios o ignorantes, se lanzaron a tratar de todo linaje de ciencias, supliendo en muchos casos con tono magistral y de oráculo, ideas generales y noticias cazadas al vuelo.” (*La Tertulia*, 386). Destacaba también el mal concepto que tenían de España diversos escritores franceses e italianos en el siglo XVIII, y la decadencia de la literatura española en aquel siglo, debida en parte al olvido de nuestros clásicos, incluso por los mismos españoles y a las justificadas quejas del P. Feijóo, de Mayans y de otros reformadores. A la crítica de Masson de Morvilliers en su artículo “Espagne” en la *Encyclopedie*, dieron respuesta el botánico Cabanilles, el abate italiano Denina y Forner en su *Oración apologética por la España y su mérito literario*. Y cuando los jesuitas italianos Girolamo Tiraboschi (*Historia literaria de Italia*) y Saverio Bettinelli (*Historia del renacimiento de las letras italianas*) achacaron en estas obras la corrupción de las letras italianas en el siglo XVII a la mala influencia del gusto español, salieron en defensa de nuestras letras y refutaron aquellas teorías el Abate Andrés con la *Carta al comendador Gonzaga*, escrita en italiano elegantísimo, el P. Javier Lampillas, con su *Ensayo histórico apologético*, y el P. Tomás Serrano, en dos cartas latinas en defensa de los autores hispano-latinos



Lucano y Marcial.

Aunque la aportación del P. Francisco Javier Lampillas, no fue tan fecunda e importante como la de alguno de los anteriores es digna de especial consideración por la apología que hace de su patria, y comenta muy detenidamente y de manera muy positiva su *Saggio storico-apologetico della letteratura spagnuola*, en seis tomos (1778-1781), una obra polémica deslustrada en parte por su furor apoloético. Defensores de las letras patrias fueron también el abate Andrés, autor de numerosos trabajos sobre el epigramático Marcial, el P. Juan Nuix, cuyas *Reflexiones sobre la humanidad de los españoles en las Indias, contra los pretendidos filósofos y políticos, para ilustrar las historias de MM. Raynal y Robertson* son una defensa “razonada, lógica y contundente, excediendo infinito a casi todos los escritos del mismo género publicados posteriormente”.

Menéndez Pelayo mencionaba también a otros como el abate Arteaga, historiador de las *Revoluciones del teatro musical italiano*, el P. Manuel Aponte, catedrático en Bolonia, helenista y traductor de la *Iliada* y la *Odisea*, al P. Isla, autor del famoso *Fray Gerundio de Campazas*, quien continuó escribiendo en el exilio, al novelista Montengón, y a otros tantos, además de los que llegaron de las colonias americanas.

Don Marcelino expone en estos artículos ideas que mantendrá después a lo largo de su carrera. En primer lugar, su aversión a la “pseudo filosofía” y las ideas enciclopedistas venidas de Francia que causaron tantas revoluciones y trastornos, entre ellos, la expulsión de los jesuitas, llevada a cabo en nombre de la Ilustración. La expulsión de quienes estaban entre los hombres más ilustrados de su época significó un empobrecimiento de la cultura y de las letras patrias y a la vez, un enriquecimiento de la vida literaria y cultural de Italia, a la que se incorporaron formando parte de sus universidades y sus academias literarias, encargados de sus bibliotecas, y escribiendo sus obras tanto en español como en italiano. Contribuyeron así a difundir la cultura y las letras de su patria y a defenderlas frente a quienes las atacaron o las menospreciaron<sup>93</sup>.

---

<sup>93</sup> A *L'immigrazione dei Gesuiti Spagnuoli letterati in Italia* Memoria di Vittorio Cian. (Torino: Carlo Clausen, 1895 (Memorias de la Academia Real de Ciencias de Turín). dedicó

## Las Cartas de Italia.

Durante su viaje de estudios don Marcelino mantuvo una intensa correspondencia con Laverde, y con Pereda, y en la de este último incluyó las cartas sobre Portugal, y sobre Italia, que fue publicando *La Tertulia*. Contrastan las dirigidas a Laverde, con el que mantenía una relación de discípulo y maestro, con las que escribía a Pereda, quien a pesar de la gran diferencia de edades, era confidente y amigo (y quien al correr de los años, sería discípulo a su vez de su joven amigo). Laverde era un grafómano (de “latoso insufrible” le calificó, con razón, Francisco Pérez Gutiérrez, 1999: 24), que incapacitado por su mala salud para la investigación proyectaba en su joven y entusiasta amigo sus ideas y sus proyectos en cartas tan frecuentes como proliferas. En su carteo apenas hay espacio para todo lo que no sean datos de carácter bibliográfico y ni a Laverde le interesaba saber nada sobre la vida y costumbres de aquellos países que desconocía, ni su corresponsal se molestaba en ilustrarle. Y la primera noticia que le envía desde Italia es impersonal y anodina.

[...] Hace unos siete días que estoy en Roma (via di Ripetta, 70, 1º, casa Rosa). Vine derechamente en poco más de cuatro días, sin más detención que la de una mañana en Pisa para ver sus célebres monumentos, y conocer a mis compañeros de la Academia, que son buena gente y me recibieron bien [...]

En estos primeros días he comenzado a ver algo de lo muchísimo que Roma encierra en punto a restos arqueológicos y tesoros de arte. La Roma pagana es lo que hasta ahora llevo más examinado. Pero no quiero entretenerle a V. con vulgaridades sabidas de todos y que en cualquier libro se hallan. (II. 138. A Laverde, Roma, 23 de enero de 1876 [por

---

Menéndez Pelayo su reseña “Jesuitas españoles en Italia” sobre “uno de los episodios más señalados y significativos de la comunicación intelectual entre ambas penínsulas durante la centuria pasada”. Es una “preciosa monografía [...] una obra de crítica sana, independiente y recta que a los españoles nos obliga a perpetuo agradecimiento” (Publicada en *Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispano-Americanas*, enero 1896, pág. 55. Recogido en tomo IV de los *Estudios y discursos de Crítica Literaria*, IV, *Obras Completas*. Madrid: CSIC, (1942), 93105).

1877).

Con esta carta contrastan las entusiásticas líneas enviadas a Pereda días más tarde:

Aquí estoy, amigo, quince días hace, pasmado, maravillado, sorprendido. Apenas he visto más que la Roma pagana, la clásica, la pura. ¡Lástima que quede tan poco! ¡Pero qué restos! ¡Qué arcos y qué columnas y qué anfiteatro Flavio! Consuela eso de poder andar por la *Via Sacra* y por el *Foro* como Pedro por su casa! Bien le decía a V. que se viniese conmigo. No debe V. morir sin ver todo esto.

De la Roma nueva, de la cristiana, no he visto tanto aunque lo iré viendo todo. Pero sí he notado que ningún templo de Roma ni siquiera el de San Pedro infunde sentimientos de fervor ni compunción sino de admiración profana. El respeto que produce siempre el arte pero nada más.

¡Qué museos de escultura los del Vaticano! ¡Allí triunfa y vive el arte antiguo en su maravillosa carrera! ¡Y pensar que esos Apolos y esos Laocontes, tras de estar más o menos profanamente restaurados no son quizá (ni sin quizá) los más acabados modelos de ese arte ¿Cómo sería lo que hemos perdido? (3. II, 140. Roma, Via di Ripetta, 70, primo piano, Roma 3 de febrero de 1877).

Y en la primera de sus “Cartas de Roma” expresaba también la felicidad de estar en la ciudad de los Césares, -“*Et in Arcadia ego*”, estoy en el paraíso, dándole a esta frase un sentido diferente al original” -y renunciaba a extenderse en la descripción o en el elogio para no “aumentar el lastimoso catálogo de los *touristes* impresionables. (*La Tertulia*, Roma, 1 de febrero de 1877).

Y al contestarle, Pereda elogiaba el asunto de la carta enviada para *La Tertulia* aunque lamentaba que no hubiera incluido en ella “algo semejante a lo que me dices en la particular sobre tus *impresiones* en frente de la Roma pagana, [que] figurara al comienzo de la otra. Son cuatro pinceladas maestras que hablan mucho a la imaginación” (II, 145.

Santander, 15 de febrero de 1877).

Esta primera carta, dirigida como las restantes a José María de Pereda, tiene propósito introductorio y aunque afirma que no lo tiene - “hablaré de lo primero que me venga a las mientes, sin más pretensión ni otro intento que el de conversar con V. cual pudiera de palabra y dar materiales para algunas páginas de nuestra *Tertulia*” -se propone, por una parte, destacar los nombres de aquellos españoles que visitaron Italia en diversas épocas y con diversos fines y, por otra, insistir en la afinidad de destinos de ambos países:

“Porque está de Dios que las dos penínsulas hespéricas, principal morada y asiento de la raza latina, han de comunicarse eternamente la vida y la muerte, las tinieblas y la luz, siendo ora influyentes, ora influidas, cual cumple a sus particulares destinos y al general de la humanidad que en Italia y en España ha visto cumplirse algunas de sus más prodigiosas evoluciones” (*La Tertulia*, 450).

Remontándose a Tito Livio cuando cuenta las hazañas de los celtíberos del victorioso ejército de Aníbal, va citando después y dando una breve referencia a las obras o a los hechos de hispano-romanos tan ilustres como Séneca, Lucano, Marcial, Quintiliano, Columela, los emperadores Trajano y Adriano, y Prudencio, “el más grande de los líricos que florecieron desde Horacio hasta Dante”. Menciona después aquellos españoles que se distinguieron por sus hechos de armas, comenzando con los aragoneses y su conquista de Nápoles y Sicilia, así como las victorias contra los franceses en Ceriñola y Garellano; a fines del XVI y principios del XVII, “Roma vio en el solio pontificio dos valencianos” (y Don Marcelino omite comentarios sobre la familia Borgia) y el cardenal Gil de Albornoz fundó el Colegio de San Clemente de Bolonia. En fin, razones y motivos diversos llevaron a la Italia del siglo XVI “cuanto en letras y en armas, en santidad y en virtudes, en política buena y mala produjo España durante aquella extraordinaria centuria, sin igual en los anales del mundo”.

También envió España teólogos y canonistas como los que participaron en el Concilio de Trento, y a San Ignacio de Loyola y los primeros jesuitas; y entre la gente de letras a Torres Naharro, cuyas comedias gustaron tanto en la corte de León XIII, o a Francisco Delicado,

tan buen conocedor del mundo picaresco, como revela *La lozana andaluza*, que escribió en Roma. Allí debió vivir algunos años Mateo Alemán, y Cervantes lo hizo en Nápoles un año. La lista de poetas sería interminable, comenzando con Garcilaso, y siguiendo con los Argensola y con Quevedo. Y, en fin, la lista de don Marcelino llega hasta Moratín, quien compuso en aquel país muchas de sus poesías líricas.

En cambio, la deuda de España con Italia alcanza al sistema teológico de Santo Tomás de Aquino, la alegoría dantesca que introdujo Micer Francisco Imperial, el derecho romano, la poesía petrarquesca tal como la interpretó Ausias March y, finalmente, el Renacimiento clásico que “fue acogido con sin igual amor” en la corte napolitana de Alfonso V y en Castilla. (*La Tertulia*, 452) .

La segunda carta desde Roma comienza al igual que la anterior con una excusa retórica: “Por segunda vez tropiezo con la dificultad de hallar asunto para una carta [...] Voy a escribir de Roma, mas ¿sobre qué?” Los estudiosos han escrito tanto y tan bien acerca de ella – y hace un breve recorrido sobre las innovadoras escuelas críticas del siglo -para hablar de “una materia mucho más prosaica y enfadosa, de *re bibliográfica*”. Y como anunciaba en el título de la carta, va destacando las famosas bibliotecas romanas como la Vaticana, de tan difícil acceso y tan ricos fondos, la Casanatense, la Angélica, la Barberina, la de Casa Corsini, la de la Universidad y la de Victor Manuel, tan abundantes todas en joyas bibliográficas de autores españoles. Al concluir, no deja de mencionar que el gobierno de la nueva Italia que acabó con los Estados Pontificios “se ha *incantado* [subrayado por Don Marcelino]de las bibliotecas de las comunidades religiosas. “Y no digo más, ni es necesario, porque hay cosas que *a sí mismas se alaban*, no es menester alaballas” (*La Tertulia*, Roma, 21 de Febrero de 1877, 486).

El día 26 escribe a Pereda satisfecho de las facilidades que le dan para trabajar, gracias a la recomendación del cardenal Simenoni. “Las horas que me quedan libres, ocúpolas en recorrer antigüedades y monumentos con delectación extraordinaria que siento no poder compartir con V. y algún otro amigo” (II, 150. Roma, 26 de febrero de 1877).

Si grande fue el entusiasmo del joven investigador al llegar a Roma aun fue mayor el que experimentó en Nápoles:

Hay en el mediodía de Italia una ciudad que con muy pocas comparte el privilegio de excitar poderosamente la fantasía antes de verla, y de no borrarse jamás de la memoria una vez vista, porque a toda imaginación excede la realidad de sus encantos. Hasta sus dos nombres son dulces y halagueños, como todo nombre griego. Llamáronla los helenos *Parthenope* (ciudad de la doncella) y *Neapolis*, (ciudad nueva): complacióse la antigüedad en adornarla con inmarcesible corona de recuerdos, y puso cerca de ella el antro de la Sibila, las ondas Avernas, el golfo de las Sirenas, lo más hermoso y lo más terrible, como si hubiera querido ofrecer en poco espacio una imagen de la universal armonía y del ritmo omnipotente, haciendo desaparecer bajo este cielo y ante este mar toda imperfección y discordia.

El Vesubio domina la extensa bahía de la ciudad cantada por Horacio, Tibulo y Propercio, en la que el mundo clásico está presente en este paisaje y en estas ruinas; y el estudioso montañés emocionadamente evoca las faldas del Pausilipo donde visitó el pretendido sepulcro de Virgilio, la Mergelina que habitó Sannazaro, la ribera de Chiaja, que frecuentaba Juan de Valdés, y la isla de Capri, favorita de Tiberio.

La ciudad está llena de recuerdos de su pasado español “(¡felices tiempos que no llevan trazas de volver!)” pero don Marcelino se concentra en la Biblioteca Nacional de Nápoles. En relación con las demás de Italia, ésta se creó a fines del siglo XVIII con fondos donados por Carlos III y otros traídos de los conventos; su primer director fue Juan Andrés, y el presente, el abate Vito Fornari, “uno de los pensadores más claros y agudos, y de los escritores más atildados y correctos de que al presente se envanece Italia”<sup>94</sup>, con quien Don Marcelino había correspondido en latín desde España,

Durante su estancia en esta biblioteca Menéndez Pelayo tuvo

---

<sup>94</sup> El abate Vito Fornari le envió su libro *Del bello é della poesia*, impreso años antes en Nápoles, que Menéndez Pelayo alabó como obra original y aguda. (I, 261. A Laverde. Santander, 4 de noviembre de 1875)

ocasión de examinar “uno a uno” y de hacer un catálogo de la considerable colección de libros impresos y de manuscritos castellanos, catalanes y portugueses que se conservaban allí. Y como muestra de aquellas riquezas menciona un manuscrito autógrafo de Santo Tomás de Aquino, que a la vez es una reliquia, la *Biblia Alfonsina* que perteneció a Alfonso V de Aragón; el hermoso códice del misal del Cardenal de Toledo, un mapa catalán de principios del siglo XV; una carta autógrafa de Garcilaso, al parecer desconocida de los bibliófilos españoles, una traducción castellana inédita y desconocida de los cuatro primeros libros de la *Eneida* de mediados del XVI; colecciones de poesías manuscritas del XVI y del XVII, además de valiosísimos libros no españoles.

Y concluye con unas líneas emotivamente personales: “Ayer estuve en Pompeya. Pero de esto vale más callar que decir poco, como de Cartago dice Salustio. Callemos, pues, y admiremos, porque los restos de la antigüedad, y aun de la antigüedad decadente, y aun considerados en una ciudad del todo subalterna, tienen por sí tan honda y conmovedora elocuencia, que nunca o rara vez puede igualarla, ni aun acercarse a ella la palabra humana, y más cuando es tan débil y flaca como la mía” (*La Tertulia*, Nápoles, Marzo de 1877, 551) Y en carta particular desde Nápoles anuncia a Pereda que el viaje fue “fructuoso y agradable” y que pasada la Semana Santa irá a Florencia y a Bolonia. Menciona que en la universidad de Nápoles hay mucha filosofía alemana, encarnada en los hegelianos Vera y Spaventa. “Pero les hace valiente oposición mi amigo el bibliotecario Fornari, que es un sabio de la antigua raza, clérigo a mayor abundamiento”. (II, 163. Nápoles, 28 de Marzo de 1877)

Desde la ciudad de los Médicis compara el modo de gobierno, el talento político y el arte de la Florencia del siglo XIII con la antigua Atenas, y piensa que para hallar otro periodo tan glorioso habría que retroceder a Grecia o llegar hasta el Renacimiento. Y a beneficio de sus lectores dedica un breve comentario a los florentinos más ilustres.

Ve a Dante como poeta cristiano escolástico y teólogo y como la personificación artística de la ciencia de la Edad Media. Presentes en su obra están la pasión política de aquel “gibelino desterrado”, como le llamó Fóscolo; Dante tomó en su viaje por guía a Virgilio, el más *moderno* de los poetas *antiguos*. Enamorado de Beatriz, Dante fue el primero de los

platónicos eróticos del Renacimiento, y usó con gran sencillez gran variedad de procedimientos artísticos: dio color y vida a la forma alegórica que de la literatura latino-eclesiástica había pasado a las vulgares; recogió las formas del lirismo provenzal, dio en sus obras considerable espacio a la narrativa, a las que añadió la sátira, siempre aguda y hasta injusta. Con todos estos elementos uno de los ingenios más claros que ha visto el mundo hizo, no un poema épico, como le han llamado los críticos, sino una obra única y grandiosa, de carácter íntimo y a la vez universal.

De origen toscano aunque no nacido en Florencia fue Petrarca, a quien antes del tiempo en que escribe Menéndez Pelayo se había considerado el poeta enamorado de Laura. Pero Petrarca fue el primer hombre del Renacimiento por sus gustos y por sus odios; aborreció el averroísmo y la escolástica, imitó a los clásicos y dio más valor a sus obras latinas que a las italianas; amante de la erudición, buscó códices antiguos que transcribió de su mano.

Discípulo, amigo e imitador de Petrarca fue Boccaccio, imitador también de los antiguos, quien no llegó a la fama por sus producciones latinas sino por *Fiammeta*, “libro, en su género, maravilloso” y, sobre todo, por el *Decamerone*. A pesar del carácter poco edificante y aun escandaloso y la falta de originalidad de casi todos los cuentos de este libro, tomados de los clásicos y de los *fabliaux*, brillan en él el encanto de la narración y del estilo. Unas dotes, que si el *Quijote* no se hubiera escrito, “aun serían las historias del *Decamerone* el modelo más acabado de la prosa narrativa”.

Casi un siglo después vivirá Florencia los tiempos de Lorenzo el Magnífico, “el príncipe más simpático de cuantos han regido estados en el mundo” quien dominó atrayéndose las voluntades, protegió las artes y las letras y se rodeó de hombres como Marsilio Ficino, traductor de Platón y uno de los hombres más grandes del Renacimiento, y como Poliziano, autor de inmortales odas y epigramas. Contra ellos se alzó Fray Gerónimo Savoranola, paradójicamente hijo también del Renacimiento, quien a pesar de su talento y de su influencia política perdió la vida; y aunque algunos le condenaron como hereje y fue venerado por otros como santo tan solo fue un hombre de imaginación exaltada, buenos propósitos y frenético entusiasmo.

De aquel tiempo fueron también Benvenuto Cellini, autor de una



original *Autobiografía*; Maquiavelo, quien “como político y como hombre me es del todo antipático, pero le admiro y venero como escritor. “Y a pesar de ser desvergonzadísima su *Mandrágola* deja muy atrás a todas las comedias del Renacimiento. También nombra a Guicciardini y advierte que no cita más para no extenderse aunque destaca que estos historiadores son primeros de la moderna Europa, y que fueron casi todos gente de acción, de guerra o de consejo, lo que libró sus relatos de la monotonía propia de aquellos escritos por los literatos de profesión desde su gabinete. En cambio fueron políticos sin corazón, oportunistas y mezquinos, una condición que don Marcelino atribuye a los desdichados tiempos en que les tocó vivir. La decadencia política de Florencia lleva consigo la de las artes y las letras y de aquel tiempo merece recordarse la *Apología* que escribió Lorenzino de Médicis, el asesino del duque Alejandro, que Leopardi consideró “la única obra de veras elocuente que posee la lengua italiana”.

“Todos estos recuerdos – escribe don Marcelino -y muchos más asaltan de tropel el ánimo del curioso en Florencia y ni dejan ocasión ni vagar para ocuparse mucho de otras cosas” (*La Tertulia*, Florencia, 13 de abril de 1877, 632-639). Según carta a Laverde, estuvo quince días en Florencia, “la moderna Atenas”, en cuyas bibliotecas encontró gran cantidad de obras españolas (II, 168. Hotel del Comercio-Piazza Sta. María Novella, Florencia, 17 de abril de 1877) y de allí marchó a Bolonia, desde donde contaba a Pereda sus investigaciones en las bibliotecas, entre ellas, la del Colegio de San Clemente de los Españoles (II, 171. Bolonia, 25 de abril de 1877).

Pasó diez días en Venecia, hospedado en el Hotel de Roma, en el Gran Canal, dedicado a recoger datos en la biblioteca de San Marco (II, 174. A Laverde, Venecia, 6 de mayo de 1877). En la destinada a *La Tertulia*, fechada en Venecia – Milán el 13 de mayo de 1877, traza un breve cuadro del estado de las letras italianas en aquel mismo siglo. Para hacerlo – escribe -habría que partir forzosamente del anterior cuando las letras italianas, al igual que las españolas sufrían del influjo de las de Francia aunque las consecuencias de este influjo fueron diversas en ambos países.

Italia había carecido siempre de “teatro nacional” con excepción de las comedias clásicas del siglo XVI, que estaban desprovistas de fuerza

y de espíritu. Las medidas tragedias clásicas valían mucho menos pero con la llegada del gusto francés en el siglo XVIII, el teatro alcanzó nuevas alturas en el género “falso e híbrido de la *ópera*” con las obras de Apostolo Zenó y de Metastasio que fueron muy aplaudidas en toda Europa, y junto a ellas surgió la gran tragedia clásica con la *Mélope* de Maffei, y otras muchas en su misma línea.

Alfieri fue el renovador de la escena italiana y a pesar de su sequedad y su monotonía sus tragedias son superiores, a juicio de Menéndez Pelayo, a las francesas. Venecia, “que parece tener vinculado el genio cómico escaso en otras ciudades de Italia”, produjo casi al mismo tiempo a Goldoni, el nombre más ilustre en la comedia por su fuerza de observación y tacto escénico, aunque sus personajes y situaciones pecaron de descoloridos y monótonos, y a Carlo Gozzi, autor de un género fantástico algo semejante a la farsa aristofanesca, quien fue poco estimado en su patria aunque muy alabado por algunos críticos alemanes.

En poesía lírica, tan cultivada en Italia en el siglo XVIII destacaron el boloñés Fabioli, cuyas composiciones “ni Ovidio ni Propertio hubieran desdeñado”, Casti, autor de la epopeya burlesca *Gli Animali Parlanti*, conocida en toda Europa, y sobre todo, Parini, “clásico de veras y autor de una prodigiosa y fecunda revolución en las letras de su patria”. En la sátira *El Día (Il Giorno)*, atacó la vanidad, la ignorancia y las costumbres de la buena sociedad milanesa del tiempo en versos sueltos, “los más hermosos que hasta entonces habían sonado en oídos neo-latinos”. Parini comenzó como un poeta clásico y semi-latino y llegó a ser el patriarca de una nueva escuela que se enlazó con la invasión romántica y continuó en casi todo el siglo presente.

Destaca los trabajos del penalista Beccaria, de los economistas Pedro Verri y Filangieri, al historiador Giannone, que atacó al papado y a la iglesia en su *Historia Civil del Reino de Nápoles*; a Maffei, a Muratori y a Tiraboschi, el autor de la *Historia literaria*. La filosofía había ido descendiendo lastimosamente desde los tiempos de Vico hasta el sensualismo condillaquista, entre cuyos seguidores estaba Genovesi. Quedaban todavía algunos cartesianos como el cardenal Gerdil, en lucha siempre contra el enciclopedismo que infectaba entonces Europa. Y en el campo del periodismo destaca a Gaspar Gozzi, quien publicó en el

*Observador* sus artículos morales y de costumbres que, según don Marcelino, superan a los de Addison en el *Spectator*.

Al comenzar el siglo XIX surgieron Vincenzo Monti y Hugo Fóscolo, dos autores de tal altura “que ellos solos bastarían para honrar una nación y una literatura”. Monti era clásico al modo latino, poseía una admirable facultad de asimilación y fue un versificador admirable. Entre sus obras perduran las poéticas y sobre todo su excelente versión de la *Iliada* hecha sobre otra latina. Muestra por Fóscolo la admiración debida a quien considera un ingenio griego de la época alejandrina. Su conocidísimo *Canto de los sepulcros* es “una de las cuatro o cinco joyas de la poesía moderna“, un canto pagano por el que corre un viento de inspiración nueva con un carácter del todo subjetivo, a pesar de la copiosa erudición y de las imitaciones de otros autores. Igualmente alaba el poema *Las Gracias*, a pesar de sus dimensiones excesivas y de la confusión de ciertos pasajes. Fue además un eminente helenista y autor de tragedias al modo de Alfieri, hizo una excelente traducción del *Viaje sentimental* de Sterne, y su *Jacopo Ortis* es una imitación notable del *Werther*, un “pésimo modelo de un género sentimental execrable”, además de muy estimables ensayos sobre Dante, Petrarca, Boccaccio y otros clásicos italianos. “Su crítica es siempre alta, como de hombre que entiende y sabe producir la belleza”.

Manzoni, aquel “grande y simpático escritor” debió ser el autor favorito de don Marcelino, para quien fue el más destacado en la literatura italiana de su siglo. Sus *Himnos sacros*, como el de *Pentecostés* y el de la *Pasión*, le pusieron a la cabeza de los líricos cristianos del siglo, y mostraron de qué modo podían tratarse en pleno siglo de incredulidad, “los altos misterios de nuestra religión santísima”. En cambio, el famoso *Cinco de Mayo* carece de los afectos y de la poesía que se desborda en los *Himnos sacros*, lo que el estudioso santanderino atribuye a lo forzado que resulta a un poeta cristiano como Manzoni, elogiar a Napoleón. Y considera superiores al *Cinco de Mayo* los coros de *Carmagnola* y de *Adelchi*.

Aunque *I Promessi Sposi* es uno de los libros italianos más leídos de este siglo, don Marcelino ve ante todo a Manzoni como un lírico; no como autor de novelas históricas a la manera de Walter Scott, y frente a quienes consideran *I Promessi Sposi* una obra maestra (“con error, a mi juicio”), la acción le parece lánguida y sus personajes de poco interés. Sin embargo es

un libro elocuente y conmovedor, de los que hablan al corazón y al entendimiento, y en el que destaca los episodios de la monja de Monza, que es un modelo de análisis psicológico, el de la conversión del Innominato, el del tumulto de Milán y el de la peste<sup>95</sup>. Y dentro de la literatura polémica alaba la *Defensa de la moral católica* que escribió Manzoni contra las teorías de Sismondi, un “libro de oro que yo desearía ver en las manos de todo creyente” (*La Tertulia*, Venecia – Milán , 13 de mayo de 1877, 673-682).

A la escuela milanesa pertenecen aquellos seguidores de Manzoni que cultivaron los mismos géneros; en la novela histórica, entre otros, Tomás Grossi, autor de *Marcos Visconti*, y Massimo de Azeglio, a quien se deben *Hector Fieramosca* y *Asedio de Florencia*, obras de colorido brillante y escenas caballerescas. Y en la poesía narrativa y en la lírica, también Tomás Grossi, autor de novelas en verso como *Ildegonda* y *La Fugitiva*, Sestini, émulo suyo con *Pia de Tolomei*, y César Cantú quien compuso estimables himnos sacros. Los representantes más conocidos de la escuela histórica lombarda llamada también neo-guelfa son el mismo César Cantú , y más aun el benedictino Tosti, autor de las excelentes historias de *La Condesa Matilde* y de *El Papa Bonifacio VIII*.

En contraste con el acendrado catolicismo de la escuela milanesa están los autores del centro de Italia como Leopardi, “el lírico de la desesperación y de la muerte”, que es quien más se ha acercado a los antiguos en la pureza de la forma y en la armonía clásica. Es un griego de Atenas y de la era de Pericles y lo único que tiene de moderno es la filosofía lúgubre y desesperada, producto de las excepcionales condiciones de su carácter. Pero Leopardi adoraba la belleza y esto llega a hacer tolerable y hasta poéticamente hermoso aquel vacío de su alma, huérfana de esperanzas y de consuelos. Además de sus admirables *Cantos* son obras maestras los *Diálogos* en prosa, que en ocasiones exceden a los de Luciano en amargura e ironía. Dejó además gran número de traducciones y comentarios de poetas y prosistas griegos, un *Ensayo sobre los errores populares*

---

<sup>95</sup> Para la relación entre Menéndez Pelayo y Manzoni ver “Menéndez Pelayo y Manzoni”, un artículo de Montserrat Ribao que estudia la crítica de don Marcelino sobre la obra de este autor (*BBMP*, LXXXVIII, n1, Enero-Junio 2012,405-424).

de los antiguos y el poema burlesco *Paralipómenos de la Batracomiomaquia*.

En Toscana floreció Giusti, llamado “el Béranger de Italia”, aunque le supera; su género predilecto es la sátira política contra los antiguos gobiernos de la península itálica y en pro de la *unidad*. Ningún poeta italiano le ha excedido en popularidad porque su lenguaje, con ser purísimo, no es de las academias ni de los libros, sino el del pueblo toscano, vivo y palpitante. Eso mismo hace que sea poco conocido más allá de los Alpes y que dificulte traducir sus versos.

Florentino fue también Niccolini, un trágico superior al mismo Alfieri, en cuyos dramas destacan el color local y la fuerza aunque pone siempre el arte al servicio de una idea política, tan generosa como el odio a la dominación extranjera, o tan injusta como la aversión al Papado, “que es precisamente lo más grande y lo más *italiano* que posee Italia” (*La Tertulia*, 680).

Aunque ya no hay Fóscolos, Manzoni o Leopardi, en estos últimos años han aparecido nuevos astros en poesía lírica como Prati, Alcaardo Aleardi, Giacomo Zanella y Giosué Carducci, a quien considera un valioso poeta a pesar de su culto a ciertas ideas y de haber compuesto el *Himno a Satanás* y otras obras por el estilo. Para el teatro no escribe ningún ingenio de primer orden, y algo semejante ocurre con la novela, sobre todo después que murió el revolucionario Guerrazzi, de poderoso talento “aunque desigual y muy poco simpático”.

Del gran interés por los estudios históricos resulta la gran actividad en bibliotecas y archivos y la publicación de memorias antiguas y de colecciones de documentos. La historia de Italia está rehaciéndose casi por entero, y aunque los trabajos de conjunto no aparecen con tanta frecuencia como en la primera mitad del siglo, se publican más monografías y estudios bibliográficos, algunos de gran altura. En el campo de la erudición destacan la monografía *Virgilio en la Edad Media* del Prof. Domingo Comparetti, los estudios sobre lenguas y literaturas románicas de Monaci, y el erudito libro de Pio Rajna sobre las *Fuentes del Orlando Furioso*. En el campo de la filosofía figuran Antonio Rosmini, gran psicólogo pero de obra árida y difusa; Manzoni, quien adoptó y defendió sus teorías en su *Dialogo de la invención*, su contrario el agudo polemista Gioberti, cuyas ideas censuró la iglesia, y Terencio Mamiani, partidario de la renovación de la

antigua filosofía italiana. Y ante el estado presente de la filosofía don Marcelino exhorta a combatir el “torrente de malas enseñanzas y de libros impíos que en los últimos veinte años se ha desbordado por Italia” en cuyas universidades dominaron en un tiempo los hegelianos, hoy limitados a la de Nápoles, y en las demás se profesa el más puro positivismo. Contra estas ideas se alzan, por una parte, los neo-católicos, y por otra, los ontologistas como el ilustre Fornari y algún *espiritualista ecléctico* como Mamiani. Y concluye deseando fervorosamente “¡Que Dios favorezca las empresas de todos contra el común y más terrible enemigo!”<sup>96</sup>.

La carta concluye con el recuerdo de Silvio Pellico, a quien el autor olvidó citar anteriormente, una gran alma, autor de *Mis prisiones*, que es un libro imperecedero. (*La Tertulia*, Venecia-Milan, 13 de mayo de 1877, 673-682).

### **Menéndez Pelayo y los hispanistas italianos.**

A juzgar por las cartas que han llegado hasta nosotros el joven montañés ya había tenido alguna relación con estudiosos italianos antes de su viaje como el abate Vito Fornari y la Accademia Araldico-Generologica Italiana de Pisa, que le recibió entre sus miembros (II, 60, Pisa, 20 de agosto de 1876) y a los que visitó al llegar a Italia (II. 138. A Laverde, Roma, 23 de enero de 1876 [por 1877], via di Ripetta, 70, 1º., casa Rosa]. Su epistolario, hasta 1912, el año de su muerte. ofrece gran interés pues revela el intercambio de ideas y de consejos, de libros, artículos y reseñas e incluye desde nombres tan destacados como los de Arturo Farinelli, Pio Rajna, Benedetto Croce y Angelo de Gubernatis a los de otros estudiosos que le admiran y piden consejo.

Como el estudio de estas cartas puede resultar tedioso pues apenas tocan otros temas que los exclusivamente bibliográficos, he decidido centrarme en la correspondencia mantenida por el autor de los *Heterodoxos* con el comparatista Arturo Farinelli durante veinte años desde fines de

---

<sup>96</sup> Muchos de estos autores estaban vivos entonces y tenían opiniones diversas acerca del nuevo Reino de Italia y de la consiguiente pérdida del poder temporal del Papado, un hecho histórico que afectó mucho a los católicos. Y aunque don Marcelino reconoce y alaba la calidad literaria de la obra de quienes piensan de modo diverso al suyo, deja bien claras sus simpatías por sus correligionarios.

Julio de 1892 hasta mediados de mayo de 1912 pues muestra el desarrollo gradual de una relación académica que llegó a ser una entrañable amistad. Don Marcelino tenía entonces 36 años, era muy conocido y respetado en el mundo académico, y Farinelli, a los 27, era profesor en Innsbruck, en Austria, y según sus quejas, a pesar de sus incesantes publicaciones, no se le apreciaba, estaba mal pagado, y mal visto por ser italiano.

En su primera carta del 22 de Julio de 1892 desde Zurich expresa “l’estima grandissima qu’ Ella m’ispira” y le remite la primera parte de su *Relazioni letterarie tra la Spagna e la Germania*. Y, como veremos, siempre superlativo en el modo de expresar sus sentimientos, “Ardisco mandare a Lei, ch’io reputo il piú dotto e il piú universalmente informato nelle ‘cosas de España’, cosí poco note al’estero e soprattutto in Italia” [“Ardo en deseos de enviar a V., a quien considero el más docto y el más informado universalmente de las ‘cosas de España’, tan poco conocidas en el extranjero y sobre todo en Italia”]. Y en su respuesta (XII, 65. Santander, 18 de septiembre de 1892) Menéndez Pelayo alaba la “muy interesante disertación de Vd. sobre las primitivas relaciones literarias entre España y Alemania. Hay en ella excelente método, rica erudición, mucha novedad de datos y gran sagacidad y tino para aprovecharlos. Todo lo relativo a la influencia de nuestra novela picaresca en Alemania me parece muy importante, y es lástima que haya sido ignorado por nuestros críticos”. Y de manera muy cortés hace algunas salvedades y corrige algún dato equivocado.

A partir de entonces comienza un regular carteo entre ambos que revela el contraste del carácter amable y tranquilo de don Marcelino con el de Farinelli, desigual y exaltado. Las cartas de los demás estudiosos italianos son siempre corteses y respetuosas cuando no admirativas hacia el maestro santanderino, a quien escriben por asuntos relacionados con la investigación literaria. En cambio, las de Farinelli, a poco de comenzar su relación epistolar, cuando para él don Marcelino era un desconocido, abundan en elementos autobiográficos, en quejas y en críticas más o menos despectivas o acerbas, expresadas con un estilo altamente dramático, tanto que un lector primerizo creería estar leyendo las confesiones de un héroe romántico marcado por el destino. Debí ser hombre emocional, nervioso, vulnerable y apasionado patriota cuya

juventud transcurrió en tiempos difíciles, ejerciendo su magisterio en un país enemigo.

El 21 de octubre de 1893, ante la demora de don Marcelino en responder a su carta, algo que éste hacía con gran frecuencia, teme que no haya recibido dos ejemplares de la 2ª parte de su *Germania e Spagna* y se pregunta alarmado, “io temo davvero o ch’Ella non sia stata sodisfatta della pochissima mia erudizione o ch’io abbia manifestato troppe pretese nel mio scritto.” [“temo de verdad que no se sienta satisfecho de mi escasísima erudición o que yo haya manifestado demasiadas pretensiones en mi escrito”]; y le anuncia la próxima publicación de su *Grillparzer und Lope de Vega*. (XII, 429. Innsbruck, 21 de octubre de 1893).

En repetidas ocasiones ataca a Benedetto Croce, a quien no considera un hispanista de altura, que no conoce la literatura italiana de los primeros siglos, ni la provenzal ni la catalana; “intendo scrivere io stesso come introduzione ai miei studi sulla Spagna in Italia un controposto più solido, più erudito, e più leggibile all’ opera del Croce” [“Me propongo escribir como introducción a mis estudios sobre *Spagna in Italia* una respuesta, un contrapunto, más sólida, más erudita y más legible que la obra de Croce”]. Sin embargo, se trataba con él, y éste le envió su memoria académica *Primi contatti fra Spagna e Italia*, y le pidió una reseña. (XII, 520. Innsbruck, 15 de enero de 1894).

Don Marcelino contribuyó eficazmente a dar a conocer a Farinelli en el ámbito del hispanismo, le felicitó por la publicación de su *Grillparzer und Lope de Vega* y le invitó a colaborar en *La España Moderna* “como medio de ir estrechando las relaciones literarias entre Italia, Alemania y España”. Sin opinar sobre el trabajo de Croce hacía saber a Farinelli que había recibido sus cuatro trabajos sobre España y sus relaciones literarias con Italia, que pensaba reseñarle en aquella revista, y le pedía que le remitiera la reseña de la memoria de Croce que publicó en el *Giornale storico della Letteratura Italiana*. Como dato anecdótico, cuando Farinelli solicita su intercesión para conseguir un códice de Pausanias que existía en Salamanca, don Marcelino le recomienda que escriba a Unamuno, catedrático de griego en aquella universidad, “Es joven aventajado y ha sido discípulo mío”. Y se despide afectuosamente, “Adiós, amigo mío. Suyo de todo corazón”. (XII, 619: Madrid, 10 de Abril de 1894).



Tras conseguir una bolsa de viaje para estudiar dos meses en España, país que no conocía, el entusiasmado Farinelli confesaba a su corresponsal que se cumplía su sueño dorado pues “pochi stranieri amano la Spagna com’io l’amo” [“poco extranjeros aman España como la amo yo”] y considerándose “Giovane ancora di 27 anni, inesperto, senza guida alcuna” [“Joven todavía de 27 años, inexperto, sin guía alguna”] le rogaba “Mi sia Ella duce e maestro, e non dubiti un solo istante ch’io le resterò legato tutta la vita per vincoli indisolubili di riconoscenza e di affetto” [“Séame V. guía y maestro, y no dude un solo instante de que yo le quedaré atado toda la vida por lazos irresolubles de reconocimiento y de afecto”] (XIII, 38. Munich, 14 de julio de 1894).

Don Marcelino contestó que le acogería con gran gusto y “Como en toda España tengo amigos, fácil me será proporcionar a V. cartas de recomendación en los puntos donde quiera dirigirse. Y para esto y para todo me pongo a sus órdenes”. Y desde la perspectiva de los viajes en aquellos tiempos, pensaba que “De Santander a Madrid la distancia no es larga, dieciocho horas de ferrocarril” (XIII, 47, Santander, 29 de Julio de 1894).

Ante la tardanza de su amigo y maestro, Farinelli se queja de que escribir cartas no es el fuerte de los españoles; y aunque no tiene planes definitivos de viaje piensa estar en Santander el 7 o el 8 de septiembre por poco tiempo para conocerle y visitar luego otras partes de España.

Y después de haber recibido las reseñas de Menéndez Pelayo en *España Moderna* a los trabajos de Croce, considera injusto que un hombre que escribe “memoriucce” de ínfimo trabajo y de poca importancia que se hacen en pocas horas, ocupe casi todo el espacio de una única revista crítica. Las quejas huelen a resentimiento, “Il Croce, dico, che dispone di un’infinità di milioni ha voluto villeggiare a Innsbruck per esser con me ed avere un po’ miglior contezza della letteratura spagnuola, che conosce assai superficialmente [...] Prima di corresponder meco, il Croce e tanti altri ignoravano affatto che si fosse un Menéndez al mondo” [“Croce, digo, que dispone de un montón de millones, ha querido venir a Innsbruck para estar conmigo e iniciarse un poco más en la literatura española que conoce muy superficialmente.[...] Nos hemos encontrado muchísimas veces [...] Croce y muchos otros ignoraban que hubiera un Menéndez Pelayo”].

(XIII, 69. Belgirate (Lago Maggiore), Italia, 21 Agosto 1894).

Y a la vuelta de su viaje, en noviembre de aquel año, escribía que su amor por España había aumentado y expresaba su agradecimiento al maestro: “Quant’io debbo a Lei, lo dico e lo dirò sempre apertamente a tutti” [”Todo lo que yo le debo a V. lo digo y lo diré siempre abiertamente a todos”](XIII, 142. Innsbruck, 30 de noviembre de 1894). Y este último, después de reiterar a su corresponsal italiano que su tardanza en contestar no nacía “de tibia voluntad”, le felicitaba por su “bellísimo trabajo” *Petrarca en España* (XVIII, 83. Madrid, 22 de febrero de 1905).

No sabemos qué desgracias abatirían a Farinelli cuando confesaba que “i tristi frangenti soppravenutimi quest’anno alle solite mie sciagure; ero si melancolico e desolato, avevo la vita cosí in uggia” [“los tristes embates que me han sobrevenido este año dentro de mis acostumbradas desgracias; estaba tan melancólico y desolado, tenía la vida tan sombría”]. Pero al mismo tiempo le enviaba la 3ª parte de su *Germania e Spagna* para conocer su opinión. Según esta carta y las demás, es evidente que Farinelli estaba en contacto con los estudiosos más destacados en los campos de la germanística y del hispanismo como Morel Fatio, Carolina Michaelis, Clarín, Fastenrath y tantos otros. (XIII, 408. Innsbruck, 10 de julio de 1895).

Se conoce que cansado don Marcelino de las repetidas quejas de Farinelli sobre su falta de puntualidad epistolar, en lo que admitía “ser descuidadísimo” se decide a echarle una bienintencionada reprimenda: “Cuantas veces V. venga a mí, encontrará la franca y sencilla acogida que encontró el año pasado, y se convencerá que la amistad no se mide por el número de cartas. La imaginación de Vd. que es muy viva y muy poderosa, agranda en bien o en mal todas las cosas, y es, a mi juicio, una de las causas principales del malestar que a Vd. aqueja [...] hay que adaptarse a la vida y no pedir más que lo poquísimos que ella puede dar de sí” (XIII, 452. Santander, 5 de septiembre de 1895).

En otra ocasión, Farinelli cree haberle ofendido, le reitera su estima (XIII, 457. Belgirate, Lago Maggiore, 10 de septiembre de 1895), y don Marcelino ha de escribirle de nuevo “para tranquilizarle respecto de mis verdaderos sentimientos, y asegurarle una vez más que ni estoy quejoso de Vd. ni cabe quiebra en mi sincera amistad” (XIII, 522.

Santander, 25 de septiembre de 1895).

Pero las quejas y las dudas no cesan y el estudioso italiano confiesa a su amigo “la vita mia tutta amarezza e delusione” [“mi vida es todo amargura y desilusión”] y como es poco práctico en las cosas de la vida, no puede mejorar su situación económica, y tampoco sabe inclinarse ante nadie. “Tutti mi chiamano un prodigio ma nessuno muove un dito per togliermi dall’oscurità e dalla miseria in cui mi trovo” [“Todos me consideran un prodigio pero nadie mueve un dedo para sacarme de la oscuridad y de la miseria en que me hallo”]. (XIII, 545. Innsbruck, 19 de diciembre de 1895).

Hay que advertir que junto a estos datos de índole personal las cartas abundan en comentarios acerca de libros y de artículos que se publican o se están escribiendo, y de agradecimiento por los recibidos. Así, Don Marcelino le felicita efusivamente por su estudio sobre Gracián, y por lo publicado en el *Giornale Storico* hasta entonces de su *Don Juan*, “un trabajo que, a juzgar por la muestra, será una de las monografías más geniales y completas que se hayan publicado en estos últimos años”. (XIII, 611. Madrid, 17 de febrero de 1896). Por su parte, para Farinelli el autor de los *Heterodoxos* es “tutto un erudito con una profonda anima di artista, con una intuizione rara e geniale per ponderare e vagliare uomini e cose, il passato ed il presente” [“un erudito con profunda alma de artista, con intuición rara y genial para valorar a los hombres y las cosas, el pasado y el presente”]. Pero “Il demonio della melanconia stende le ali sue nere e tette anche su di me. Vivo in continue lotte invocando talora che questo mio povero cuore mi venisse strapatto” [“el demonio de la melancolía extiende sus negras y tétricas alas también sobre mí. Vivo en continuas luchas deseando a veces que me arranquen este pobre corazón mío”] (XIV, 191. Innsbruck, 18 de febrero de 1897).

En 1898, el año de la pérdida de las colonias, que tanto afectó a don Marcelino, su amigo le dirigió una afectuosa carta en la que lamentaba la amarga situación de España entonces y el insulto de los americanos, que le habían herido tan profundamente como la estúpida actitud de Europa (XIV, 556. Innsbruck, 26 de abril de 1898).

En los años siguientes se suceden las publicaciones de libros y artículos, las reseñas, las consultas y los consejos. Se está imprimiendo

*Viaggi in Spagna*. También continúan las desdichas de su autor: su mujer está enferma (XIV, 613. Innsbruck, 26 de junio de 1898); no asciendo a catedrático porque “non ho l'imbecilità conveniente” [“no tengo la imbecilidad conveniente”], y por ser extranjero en Austria donde hay un “furore di germanizzazione” [“un furor de germanización”] (XV, 324. Innsbruck, 17 de mayo de 1899).

En 1900 Farinelli vuelve a España y escribe a don Marcelino desde Sevilla, donde está trabajando en la biblioteca del marqués de Jerez de los Caballeros. (XIV, 858. Sevilla, 8 de noviembre de 1900); ve en Madrid con frecuencia a don Juan Valera, “admirable viejo que levanta muchos palmos por encima de la sociedad que lo frecuenta” (XV, 905. Madrid, 2 de enero de 1901. El *Epistolario* no da el original italiano de esta carta); y elogia la *Biblioteca hispano-latina clásica*, de la que tanto aprende (XVII: 9, Innsbruck, 7 de junio de 1903).

Aunque “Non posso pensare a Lei molte volte senza aver lacrime di commozione” [“no puedo pensar muchas veces en V. sin verter lágrimas de emoción”] sigue quejándose de la informalidad epistolar de su corresponsal (XVII, 587. Gmunden, 13 de agosto de 1904), quien trata de convencerle de que su tardanza en contestar no nace “de tibia voluntad” y considera *Petrarca en España*, un “bellísimo trabajo” (XVIII, 83. Madrid, 22 de febrero de 1905).

En marzo de 1905 Farinelli le remite su *Dante in Ispagna*; se queja de que no le hayan dado la cátedra de Español que quedó vacante en la Universidad de Roma (XVIII, 128. Alassio (Ligure) 23 de marzo de 1905); lamenta la muerte de Valera, de quien hace gran elogio, y añade que no halla sosiego: “Vita mia peregrinatio perpetua” (XVIII, 168. Bellinzona, 24 de abril de 1905). En 1906 don Marcelino alaba entusiásticamente sus estudios acerca de la influencia de Dante y Boccacio en España, “verdaderamente magistrales, y que me servirán para enmendar en ediciones sucesivas algunos de los errores y distracciones que Vd. a cada momento nota y censura en mis pobres estudios [...] . Por esta especie de corrección fraternal le quedo agradecido, aunque casi nunca me cita más que para impugnar y zaherirme” (XVIII. 666. Madrid, 4 de febrero de 1906). Es posible que se haya perdido alguna contrita carta de Farinelli excusándose pues en la remitida pocos días después de ésta de Menéndez

Pelayo, se queja de estar perseguido por los austriacos, y por colegas envidiosos e ignorantes que le quitan la paz y le envenenan el ánimo; su sentimiento de inseguridad no le abandona nunca: "fuggo come l'Ebreo della legenda" ["huyo como el Judío de la leyenda"] (XVIII, 678. Abbazia, Austria, 12 de febrero de 1906).

Tiene especial interés una carta de don Marcelino en la que se lamenta a su vez de las envidias y malintencionadas rivalidades del mundo académico a propósito del estudio de Farinelli sobre *Dante en España*, en el que don Marcelino dice que aprendió tantas cosas nuevas, y a la vez, que su autor no había tenido allí la menor intención de ofenderle. Pero "en la *Revista de Archivos* leí una noticia del Sr. Paz y Meliá sobre el opúsculo de V. y vi que en ella hacía resaltar con delectación morosa dicho señor, la insistencia con que V. me contradecía siempre. Y como, por desgracia, conozco la tierra en que vivo, calcule desde luego, que lo *único* que en España habría llamado la atención en su estudio, tan docto, tan profundo y tan simpático, eran los *palos* (así los llaman aquí) que me había propinado, al decir de tales lectores y entendedores. Esto será pueril, ridículo, todo lo que V. quiera, pero por el momento, me enfadó." (XVIII, 687. Madrid, 18 de febrero de 1906).

De 1907 son dos cartas del mismo en las que acusa recibo de *Boccaccio in Spagna*, "trabajo tan lleno, como todos los de usted, de erudición peregrina, de profunda sagacidad comparativa y de espíritu de crítico, original y agudo" (XIX, 66. Santander, 10 de febrero de 1907), y de su estudio sobre *Calderón y la música en Alemania*, que le merece también grandes elogios. A propósito de este estudio don Marcelino advierte que "Nunca creí que el culto calderoniano en Alemania se hubiera extendido tanto y hubiese tenido tanta influencia artística aun después de la época romántica" (XIX, 204. Madrid, 13 de junio de 1907). En aquel año de 1907 Farinelli era conocido y respetado internacionalmente como germanísta y como hispanista pero no parece haber llegado a tener paz en su vida: "Per circa tre anni sono vagabondo, sul mare, senza porto, ni spiaggia" ["Por casi tres años soy un vagabundo en el mar, sin puerto ni playa"]. En la misma carta comunicaba a don Marcelino su propósito de preparar aquel verano una larguísima reseña de unas treinta o cuarenta obras españolas de las más recientes, y solicitaba sus consejos, pues quería humillar con

ella a los presuntuosos alemanes que sin estudios dictan lecciones a España y ocultan su profunda ignorancia con sus enconadas críticas (XIX, 68. Abbazia, 13 de febrero de 1907).

Por fin, al año siguiente, Farinelli consigue una cátedra de Germanística (y lo escribe con un signo de admiración) en Turín y bendice esta oportunidad de volver a la patria, lejos de “un país de gente desatinada”. Pero como no hay felicidad completa, el descontentadizo y flamante catedrático lamenta las nuevas responsabilidades administrativas y otras molestias propias del cargo. También parece que al cabo de los años su antigua animosidad y desprecio hacia Croce han dado lugar a una colaboración amistosa pues proyecta formar con él y con otros un grupo para preparar una especie de archivo de filología moderna (XIX, 446. Roma, 10 de enero de 1908).

En septiembre de aquel año don Marcelino elogiaba calurosamente los dos volúmenes de *Dante y la Francia*, “la mejor y más cabal historia de las relaciones literarias entre Italia y Francia, historia casi enteramente ignorada por los franceses” (XIX, 793. Santander, 20 de septiembre de 1908); y más adelante, agradecía a su amigo la entusiasta acogida a su trabajo sobre Garcilaso – “Nadie ha ahondado tanto como V. en las relaciones entre España e Italia” – y le confesaba que “Yo, [...] miro a Italia como la segunda patria de mi espíritu” (XX, 88. Santander, 25 de enero de 1909).

En fin, en las últimas cartas cruzadas entre ambos persisten los acostumbrados temas: temor del estudioso italiano al desdén de su amigo: “¿Cómo ha podido V. creer, ni por un momento que yo podría olvidarme?” escribe Menéndez Pelayo que por aquellos días preparaba una edición puesta al día de sus obras (XXI, 327. Santander, 19 de diciembre de 1910); y la cariñosa admiración de Farinelli: “L’abbrazio con venerazione ed amore” [“Le abrazo con veneración y amor”] (XXI, 337. Torino, 24 de diciembre de 1910); quien al acusar recibo muy elogiosamente del primer volumen de los *Heterodoxos* se despide como “L’amico suo, eterno vagabondo” [“Su amigo, el eterno vagabondo”] (XXII, 213. Torino, 16 de mayo de 1912).

Las repetidas alabanzas y manifestaciones de admiración, de cariño y de respeto en estas cartas podrían parecer exageración y lisonja de un

Farinelli inseguro en los primeros años de su carrera y necesitado de protección y consejo. Pero tras la muerte de don Marcelino, Arturo Farinelli pagó su deuda con dos obras en las que vertió sus sentimientos hacia el maestro.

La primera es una carta a Menéndez Pidal en 1912, “En memoria de Marcelino Menéndez y Pelayo” que publicó en sus *Divagaciones hispánicas. Discursos y estudios críticos*, I (Barcelona: Bosch, 1936, pp. 237-253) y en la que lamenta sinceramente la pérdida del amigo y del maestro y está escrita en el apasionado estilo melodramático que ya conocemos por sus cartas. En ella evoca el pasado, las veces que se vio con Menéndez Pelayo y la correspondencia que mantuvo con él.

Sentimientos aparte, Farinelli deja asentados en esta carta capitales juicios críticos. Que al estudioso santanderino se debe “la mejor historia de las ideas estéticas de Francia que hasta hoy se ha concebido”; que vertió en los volúmenes dedicados a la novela todas las investigaciones de Rajna sobre los orígenes de la epopeya; y que en su volumen sobre la obra de Boscán, y en su trabajo sobre Garcilaso, que iba a dar a la imprenta, volcó toda la historia de las relaciones entre Italia y España”. Disculpaba su estudio sobre la ciencia española, que dio lugar a tantas polémicas, como un exceso de celo juvenil pero a “estos ímpetus y arrebatos de la pasión” sucedió la calma y Menéndez Pelayo “fue un modelo de moderación, de serena ecuanimidad y compostura...”. “Me encanta recordar la bondad, el candor de aquel hombre no contaminado por la vulgaridad y exento de todo egoísmo”. Y concluye prometiendo que “Iré a Santander y depositaré en silencio unas flores en aquella tumba cavada donde antes hubo una regia mansión para los espíritus. A las rugientes olas del océano confiaré los sollozos y el llanto de mi alma”. Y también en sus *Divagaciones hispánicas*, bajo el título “Marcelino Menéndez y Pelayo”, le dedicó un sobrio trabajo crítico en el que retomaba alguno de los temas anteriores. Defendía ahora el propósito que tuvo el joven Marcelino frente a los ataques de los extranjeros de “mostrar en una historia nueva, vastísima, la continuidad y la fuerza del pensamiento creador en su España a través de los siglos”. Los tres volúmenes de la llamada *Ciencia Española* es una historia ricamente documentada, pero demasiado insistente en la apología, “y da pena verle a toda costa querer establecer la preeminencia, desgraciadamente

imaginaria, de los intelectos de su fecunda nación” (145).

Su recorrido por las bibliotecas italianas, sitúa a Menéndez Pelayo dentro de la tradición del “*Iter Italicum*”, aquel viaje que a partir del siglo XVII hacían los estudiosos por las bibliotecas en busca de códices y manuscritos<sup>97</sup>. Las cartas enviadas a *La Tertulia* tienen extraordinario interés pues revelan un amplio conocimiento, aunque no sabemos cuán profundo, de los muchos autores italianos que menciona el joven montañés, familiarizado con aquella literatura como quizá ningún otro estudioso español de su tiempo.

Entre enero de 1877 cuando llegó a Italia y el 12 de julio del mismo año cuando estaba de vuelta en Santander llevó a cabo una actividad asombrosa: además de su extensa relación epistolar con Laverde y con Pereda, escribió para *La Tertulia* dos cartas desde Portugal, otras cinco sobre las letras italianas, y cuatro artículos acerca de los jesuitas españoles. Y casi contemporánea fue la famosa polémica que mantuvo en la prensa entre 1876 y 1877 con los krausistas Manuel de la Revilla y José del Perojo que daría lugar más tarde al volumen de *La ciencia española* (1887). Pero el objeto primordial de su viaje fue reunir materiales para futuros proyectos como la *Historia de las ideas estéticas en España*, en la que había comenzado a trabajar en 1875, y apareció entre 1883-1891, y la *Historia de los heterodoxos españoles* (1775) publicada entre 1880 y 1882.

En su artículo *Ayer estuve en Pompeya* Francisco Pérez Gutiérrez mantiene que, contrariamente a una extendida opinión, don Marcelino no fue tan intransigente ni estuvo tan absorto en la erudición como tradicionalmente se le ha visto. Le perjudicaron su precocidad, su ambición de saber y la conciencia de su propio talento; comenzó a publicar antes de cumplir los veinte años, y Pérez Gutiérrez piensa que, ya maduro, no habría escrito *La ciencia española* (1876) ni los *Heterodoxos* (1880-1882), o

---

<sup>97</sup> Jean Mabillon (1632-1707), monje en la abadía de Saint Germain des Près en París, junto con otros eruditos fue quien echó las bases del estudio de la cultura literaria de la Edad Media de manera científica y en su obra *De re diplomatica* examinó los diferentes tipos de documentos y los problemas que presentaba su estudio. Bajo el nombre de *Iter Italicum*, el professor Oskar Kridsteller de la universidad de Columbia publicó un estudio en siete volúmenes (1963-1997) que el que describe numerosos manuscritos no catalogados anteriormente.



lo habría hecho de otro modo (1999: 7). Destaca el entusiasmo del joven maestro por la Roma pagana y por el mundo renacentista, evidente cuando relata su paseos por Roma, por Nápoles y por las ruinas de Pompeya, aunque en estas cartas predomina el erudito sobre el humanista. Aquel católico militante, autor de los prólogos a *La Tertulia* y a la *Revista Cántabro-Asturiana*, asistió desde muy joven al triunfo de los krausistas y tuvo la firme convicción de que España había debido su grandeza y el florecimiento de las artes y las ciencias “a la unidad intangible de la fe católica”( Farinelli, *Divagaciones*, 156).

A pesar de ser tan profundamente cristiano, en la “Epístola a Horacio”, que es un canto entusiasta de exaltación del mundo clásico greco latino , exclama “¡Ven, libro viejo, ven, alma de Horacio, / yo soy latino y adorarte quiero!” Y Pérez Gutiérrez observa también la atracción que sintió don Marcelino por obras como el *Satyricon* de Petronio, y la traducción de *La matrona de Efeso*, que estudió complacidamente en su tesis doctoral *La novela entre los latinos*, o por personajes como Maquiavelo, a quien detesta y admira a la vez, y el abate Marchena, al que dedicó un capítulo en los *Heterodoxos* y sobre quien volvió en un espléndido estudio biográfico en 1896 (1999: 21 nota 11).

Durante su estancia en el extranjero dedicó ocho horas diarias a sus pesquisas en archivos y bibliotecas, (II. 98, A Pereda, Lisboa, 2 de noviembre de 1876) y recogió para futuros trabajos abundantes materiales, muchos de ellos desconocidos hasta entonces. Tanto las cartas publicadas en *La Tertulia* como las personales a Laverde y a Pereda dan cumplida cuenta de sus labores. Y, como vimos, dedica en ellas emocionados párrafos a la Roma clásica y a Pompeya, a la Florencia del Renacimiento y al Nápoles de los españoles. La emoción es sincera, y en ellas se identifica con un mundo del pasado entrevisto a través de juveniles lecturas y confirmado ahora por su viaje. Pero sorprende que no diga nada de una ciudad tan bella como Venecia, donde pasó diez días, ni de Bolonia, ni de Milán, ni haga comentarios sobre el paisaje, la gente, las costumbres o siquiera las comidas, de la Italia del presente, de esta Italia viva, que acaba de conocer y que ofrece tanto al viajero sensible. Quizá su visión libresco de Italia se sobrepuso a la de la realidad, o la obsesión de aprovechar el tiempo fue más fuerte que su curiosidad. Las respuestas pueden ser varias.

Hallaba una relación íntima entre España e Italia,

Porque está de Dios que las dos penínsulas hespéricas, principal morada y asiento de la raza latina, han de comunicarse eternamente la vida y la muerte, las tinieblas y la luz, siendo ora influyentes, ora influidas, cual cumple a sus particulares destinos y al general de la humanidad que en Italia y en España ha visto cumplirse algunas de sus más prodigiosas evoluciones. (*La Tertulia*, 450).

Su proyecto más ambicioso fue el de una historia literaria vastísima que revelase al mundo los tesoros de arte y de cultura acumulados en España en el trascurso de los siglos pero “Fue lástima que Menéndez Pelayo [...] quisiera abarcar siempre enormes períodos de cultura y de vida, proyectase y emprendiese siempre obras ciclópeas, imposibles de llevar a término” (Farinelli, *Divagaciones*, 177).

Le fascinaba la “humana y aristocrática manera de espíritu“ de los grandes hombres del Renacimiento, una época que fue “aquella verdadera clave de la historia, siglo de fisonomías acentuadas y vigorosas, cuando no de gigantes, en quienes aparecieron confundidas y mezcladas la edad antigua que resucitaba, la edad media que moría y la moderna cuyos elementos iban trabajosamente elaborándose. Refiriéndose a su *Historia de las Ideas Estéticas* comunicaba don Marcelino a Laverde en agosto de 1888, que tenía ya escrito todo lo concerniente a Inglaterra, y la parte relativa a los tratados y estudios generales de Estética que se han publicado en Francia, pero me falta un capítulo que podrá ser muy interesante sobre la evolución de las ideas literarias de nuestros vecinos, y otros sobre la estética italiana que no será largo, puesto que apenas ofrece más obras notables que las de Gioberti y algunos opúsculos de Manzoni” (IX, 311. Santander, 24 de agosto de 1888).

Como escribió Farinelli, en el volumen que Menéndez Pelayo dedicó a Boscán “figura toda una historia del italianismo en España a principios del siglo XV, una historia del petrarquismo, de todas las innovaciones métricas, una historia bastante detallada del tema poético de Hero y Leandro, una vastísima reseña del viaje de Navagero a España” (1936: 172-174). Pero aunque “Infinitas veces llegóse también a Italia, ligada por varios siglos a España, fértil de inspiración para sus poetas predilectos; [...]no emprendió una verdadera historia de la estética italiana,

y en las características que de algunos escritores y poetas trazó -¡cuántas veces recordaba a Alfieri, a Leopardi!-eran fugaces por necesidad” (1936:177) (*Divagaciones hispánicas. Discursos y estudios críticos*, I (Barcelona: Bosch, 1936, pp.137-186). Y Farinelli piensa que la iniciativa de crear la “Nueva Biblioteca de Autores Españoles” quizá sirvió de ejemplo a la bella colección de los *Scrittori d’Italia*. que dirigía Benedetto Croce (180).

La correspondencia entre don Marcelino y los hispanistas italianos revela el entusiasmo por las letras españolas de un escogido grupo de estudiosos dedicados a dar a conocer internacionalmente nuestra cultura y nuestras letras. Y aunque, a juzgar por estas cartas, las bibliotecas italianas y alemanas estaban desprovistas de libros españoles, el interés por los estudios comparatistas incrementó el de nuestra literatura. En su relación con los italianos, Menéndez Pelayo fue siempre guía, referencia y desinteresada fuente de conocimiento para todos. Unas funciones que ejerció generosamente desde muy joven corrigiendo o ampliando datos en las obras que le enviaban para consulta, reseñando libros y artículos, ofreciendo las páginas de las revistas a que tuvo acceso a otros hispanistas, resolviendo dudas y enviando generosamente sus propias obras a sus correspondientes. Siempre con gran paciencia y amabilidad y sin escatimar su tiempo y excusando humildemente su retraso en contestar las cartas<sup>98</sup>.

---

<sup>98</sup> En 1896 vio luz en la *Revista Crítica de Historia y Literaturas Españolas, Portuguesas e Hispano-Americanas*, (Marzo 1896); “Italia y España en el siglo XVIII”, una reseña del libro del profesor Vittorio Cian, *Italia e Spagna nel secolo XVIII. Giovanni Batista Conti e alcune relazioni letterarie fra l’Italia e la Spagna nella seconda metà del settecento*.-Studi e ricerche de Vittorio Cian.-Torino: S. Lattes, 1896. VIII, 360 págs.; recogido después en el tomo IV de los *Estudios y discursos de Crítica Literaria*, IV, *Obras Completas*. Madrid: CSIC, (1942), 13-24. Para Menéndez Pelayo el libro del profesor Cian “es tan rico de datos como de crítica” y destaca la especial atención que su autor dedica a Juan Bautista Conti, el “principal hispanista italiano del siglo pasado, y colector inteligente y elegante traductor de nuestra lírica del Renacimiento” (13). Conti vivió en España cerca de veinte años, perteneció a la tertulia de la Fonda de San Sebastián, fue amigo de los Moratín, y los seis volúmenes de su *Sceltade* textos poéticos castellanos fueron muy apreciados de los eruditos españoles. Bonilla recoge las reseñas críticas publicadas en *La España Moderna* (Febrero a Diciembre 1894) de “Memorias de Benedetto Croce, acerca de las relaciones políticas y literarias entre España e Italia”; “Memorias de Benedetto Croce sobre la corte española de Alfonso V de Aragón en Nápoles, sobre versos españoles en loor de Lucrecia Borja, y sobre la *Question de Amor*”; “La *Historia Parthenopea* de Alonso Hernández (Elogio del Gran Capitán

---

Gonzalo Fernández de Córdoba. – La corte de las tristes reinas de Nápoles (Juana III y IV). – Tratado de educación de Antonio Galateo; trabajos de Benedetto Croce; “Grillparzer y Lope de Vega” por Arturo Farinelli [reproducido en la Segunda serie de *Estudios de crítica literaria* (Madrid, 1895), así como las publicadas en *Revista crítica de Historia y Literatura Españolas*, tomo I. Madrid, 1895, “En esta Revista (empezó en marzo de 1895, y acabó en septiembre del mismo año), que dirigía el Sr. Altamira, publicó Menéndez y Pelayo notas críticas acerca de las siguientes obras: *Di alcuni versi italiani di autori spagnuoli dei secoli XV e XVI*, por Benedetto Croce; *Intorno al soggiorno di Garcilaso de la Vega in Italia*, por el mismo; *Studi di storia letteraria italiana e straniera*, por Francesco Flamini [en Bonilla, 1914: 237-239].

## **Bibliografía:**

AGUILERA, Ignacio, *Epistolario de Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo 1874-1890* (Edición, notas y estudio de...). Santander: Diputación Provincial, 1967, 2 tomos. Alvarez Barrientos, Joaquín, “Matices del rechazo: El siglo XVIII en la *Historia de los heterodoxos españoles*”, en *Historia de los heterodoxos españoles. Estudios* (Ramón Teja, Silvia Acerbi, directores). Santander: Publican Editores 2012, 15-51

BONILLA Y SAN MARTIN, Adolfo, ed., *Obras Completas de Menéndez Pelayo*. Madrid: Victoriano Suárez, 1911-1932

BONILLA Y SAN MARTÍN, Adolfo, *Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912)*. Madrid: *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1914.

CARPINELLI, Bruno Luis, *Cartas de Menéndez Pelayo a Farinelli*. Universidad de Buenos Aires. Instituto de Literatura, Sección Neolatina, 1948

CONSIGLIO, Carlos, “Menéndez Pelayo y la literatura italiana”, *Revista Nacional de Educación*, VIII, núm. 76, 1948.

FARINELLI, Arturo, “En memoria de Marcelino Menéndez y Pelayo”. *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XXVII, 1912, 1-10

FARINELLI, Arturo, “Marcelino Menéndez y Pelayo”, en *Divagaciones hispánicas. Discursos y estudios críticos*,

I. Barcelona: Bosch, 1936, pp.137-186

FARINELLI, Arturo, “En memoria de Marcelino Menéndez y Pelayo. Carta a Ramón Menéndez Pidal(1912)”, en *Divagaciones hispánicas. Discursos y estudios críticos*, I. Barcelona: Bosch, 1936, pp. 237-253

FARINELLI, Arturo, “Marcelino Menéndez Pelayo”, *Internationale Monatschrift fur Wissenschaft, Kunst und Technik* de Berlin (Jahrgang 8, No. 8).

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador, “Croce, Hispanista. Bibliografía”, *BBMP*, XLII (1966), 1, 2, 3 y 4 (1966), 51-85.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador, *Del periodismo al costumbrismo. La obra juvenil de Pereda (1854-1878)*. Universidad de Alicante Press, 2004.

GASCÓN, Miguel, *Los jesuitas en Menéndez Pelayo*, Valladolid: Librería Santarén, 1940

Madariaga, Benito, *Marcelino Menéndez Pelayo. Cartas de viaje a José María de Pereda desde Portugal e Italia en el 100 aniversario de su muerte*. Estudio preliminar de... Santander: Parlamento de Cantabria, 2012

MALATO, Enrico, *Storia della letteratura italiana*, XII, “La letteratura italiana fuori d’Italia”, 846-853. Roma: Salerno editrice, 1995

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, “*Cartas de Roma, I. Españoles en Italia*”, *La Tertulia* (1.III.1877, 449-456) MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, “*Cartas de Roma, II. Una visita a las bibliotecas*”, *La Tertulia*(15.VI.1877, 481-486)

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, “*Cartas de Italia, III. Epístola partenopea*” [Hay correcciones al texto de mano de Menéndez Pelayo], *La Tertulia* (15.IV.1877, 545-551)

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, “*Cartas de Italia, IV. Rerum opiusque potens, Florentia mater*” [Hay correcciones al texto de mano de Menéndez Pelayo]. *La Tertulia* (15.V.1877, 632-638)].

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, “*Cartas de Italia, V. Letras y literatos italianos*”, *La Tertulia*(15.VI.1877, 673-682)

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, “*Los jesuitas españoles en Italia. Introducción*”, *La Tertulia* (1.XI.1876),193-197

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, “*Los jesuitas españoles en Italia, I. El abate Andrés*”, *La Tertulia*(15.XII.1877), 289-294.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, “*Los jesuitas españoles en Italia, II. Hervás Y Panduro*”, *La Tertulia*(1.II.1877), 385-393

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, “*Los jesuitas españoles en Italia, III. Eximeno*”. *La Tertulia*(15.VII.1877), 737-746

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Epistolario* (Edición de Manuel Revuelta Sañudo), Madrid:Fundación Universitaria Española, 1982-1991.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, “Jesuitas españoles en

Italia”, reseña de *L’immigrazione dei Gesuiti Spagnuoli letterati in Italia*, Memoria di Vittorio Cian. (Memorias de la Academia Real de Ciencias de Turín, Turín: Carlo Clausen, 1895), en *Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispano-Americanas*, enero 1896, pág. 55. en *Estudios y discursos de Crítica Literaria*, IV, *Obras Completas*. Madrid: CSIC, (1942), 93-105).

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, reseña de *Italia e Spagna nel secolo XVIII. Giambattista Conti e alcune relazioni letterarie fra l’Italia e l’Spagna nella seconda metà del Settecento. Studi e ricerche di Vittorio Cian*. (Torino: S. Lattes & Co., 1896) en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, IV, *Obras Completas*, Santander: CSIC, 1942, pp. 13-24

MEREGALLI, Franco, “Manzoni in Spagna”, *Annali Manzoniani*, VII (1977), 199-214.

MUÑIZ, M. N., “Manzoni e la Spagna: revisione di un vecchio problema”, *Problemi*, 75 (1986), 4-27.

MUÑIZ, M. N., “L’Antología de poetas líricos italianos di Esterlich nell’ *Epistolario* di Menéndez Pelayo (Per una traduzione della letteratura italiana in Spagna”, *Anario di Filologia. Seccio G. Filología Románica*, 19-VII (1996), 95-110,

MUÑIZ, M. N., “Ensayo de un catálogo de las traducciones de obras literarias italianas en el siglo XIX”, *Quaderns de Filologia. Estudis lingüistics*, XVIII (2003), 93-150

PALMIERI, Ruggero, “Menéndez Pelayo y la cultura italiana”, *BBMP*, XX (1944), 211-222 [Técnicamente no se trata del *BBMP*, pues el director de la Biblioteca Menéndez Pelayo entonces, Sr. Sánchez Reyes, cambió el título de la revista a *Menéndez-Pelayismo* (1, (1944), 211-222), que tan solo se mantuvo un par de números. Información amablemente facilitada por D. Pablo Susinos Rada, Director de la Biblioteca Municipal de Santander .

PÉREZ GUTIÉRREZ, Francisco, *Ayer estuve en Pompeya*, Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, Conferencias y Discursos, 1999.

RIBAO PEREIRA, Montserrat, “Menéndez Pelayo y Manzoni”, *BBMP*, LXXXVIII, n<sup>o</sup> 1 (Enero-Junio 2012), 405-424.

ROSSI, Giuseppe Carlo, “La critica al Manzoni in letterature di lingue iberiche”, *Annali Sezione Romanza*, XX, I (1978), 71-106.

ROSSI, Giuseppe Carlo, “Correspondencia de Antonio Restori a Don Marcelino Menéndez y Pelayo”, *Revista de Bibliografía Nacional*, VI (1945), 129-155.

SÁNCHEZ REYES, Enrique, “Epistolario de Farinelli y Menéndez Pelayo”, *BBMP*, XXIV (1948), 107

*Tertulia, La. Segunda época. Ciencias, Literatura y Artes.* Santander: Imprenta de Solinís y Cimiano, Arcillero, 1,1876